

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL ARZOBISPADO*

DE TOLEDO.

PARTE NO OFICIAL.

CONTINUACION DE LAS CONFERENCIAS PREDICADAS EN NUESTRA SEÑORA DE PARIS, POR EL REVERENDO PADRE FELIX, JESUITA.

Conferencia VI.

ULTIMO FIN DEL HOMBRE.

El movimiento social que atraviesa á la Europa, entre las verdades, que contiene encierra grandes errores, que es de deber de la palabra el señalarlos. Ya vimos que en el punto de partida hay un grande error, á saber: el mal no está radicalmente en el hombre, está radicalmente en la sociedad. Este error, en los hechos, es la rebelion perpetua que ataca á la sociedad, es el egoismo que la devora. Hay un grande error en los medios, á saber: el desarrollo indefinido de la riqueza establecido y considerado como medio de desarrollo social.... En los sistemas, así como las verdades llaman á las verdades, así los errores llaman siempre á los errores, y así como en el punto de partida hay un error en los medios, hay grandes errores en el fin.

Este error, hermanos míos, no es nada menos que la sustitucion del fin del hombre y la sociedad, y para decirlo todo en una palabra, es lo que

se ha llamado en estos últimos tiempos, el paraíso en la tierra.

Oid, hermanos míos, la palabra de los reveladores, la palabra de esta estraña doctrina. Hago citas y este corto número de citas podrán evitaros las demas. «El paraíso que habian colocado las preocupaciones tradicionales en la cuna de la humanidad, está en el porvenir. Inscribamos sobre nuestra pacífica bandera este lema: el paraíso terrenal está delante de nosotros!» «Difundase esta buena noticia, esclamó un autor, y muy pronto los hombres que nos decian que la tierra es un valle de lágrimas, que es la morada de la expiacion y del dolor; esos hombres que nos dicen que la virtud consiste en aislarse de la tierra, esos hombres desaparecerán y darán lugar á nuevos servidores de Dios; que nos enseñen á adherirnos á la tierra, á unirnos á ella, tanto como que vendrá á convertirse aquí bajo en un Eden, un nuevo paraíso donde la humanidad, esa gran familia de hermanos, descansará por el trabajo y en la paz.»

Ahí teneis, hermanos míos, lo estremado que hay en las doctrinas: la sustitucion del fin. Ese error, que no deja de reaparecer en todas las épocas de gran perturbacion, ha reaparecido en nuestra época. En eso está lo que hay de estremado en el error y por consiguiente lo que hay de estremado en los desastres. Bajo estos dos puntos de

vista es como voy á considerar esta doctrina. Esta doctrina es en sí misma profundamente falsa, contradictoria, y al trasladarse á los hechos, es una doctrina eminentemente desastrosa. Este será el objeto de esta última conferencia.

Digo, señores, en primer lugar que la doctrina que pone en la tierra el paraíso terrenal, la edad de oro, el destino último, como queráis llamarle, es una doctrina falsa y profundamente contradictoria! Y en primer lugar es contradictoria la idea que todos tenemos de lo que se llama destino; choca contra una de las nociones más elementales de nuestra inteligencia. Si hay algo cierto, señores, es que lo que se llama destino debe ser una cosa fija y determinada sobre todas. La razón de esto es metafísica, y sin embargo muy comprensible, á saber: que todo destino es necesariamente un término, y término es lo más definido y determinado que puede concebirse en el mundo. Un término indefinido, por lo mismo que no es definido, deja de ser un término, ó si quereis es un término indeterminado, es una contradicción en las cosas que se traduce necesariamente por la contradicción en las palabras.

Pues bien, señores, el paraíso en la tierra digo que es un destino indefinido, un término indeterminado. En efecto, ¿el paraíso que se nos promete, cuándo debe venir? ¿Mañana, dentro de un siglo, acaso después de millares de siglos indefinidos? ¿Y cuando haya venido este paraíso, en la suposición de que deba llegar un día, será este el último de los paraísos que podamos concebir? ¿Esperando la humanidad en él, podrá mirar más allá todavía? ¿Podrá dirigirse por nuevos deseos llamando un paraíso todavía mejor? y en fin, señores, suponiendo que ese paraíso sea verdaderamente el último ¿cuál será en ese paraíso de vuestros delirios, la realidad humana? ¿Habrá allí igualdad, ó acaso habrá también gerarquía en las felicidades? ¿Estará allí la feli-

cidad absoluta? ¿Ese río de felicidad que se nos promete será puro sin mezcla, ó acaso en el seno de esta humanidad abrevada por tantos dolores, pasarán algunas amargas oleadas? Lo indefinido! siempre lo indefinido! Ved, señores, la primera contricción que os señalo. Lo indefinido en el destino, ahí está la señal del error, y esta es también la gran seducción.

Si, señores, nada hay más seductor que lo indefinido. Lo que seduce y engaña muchas veces á los hombres y sobre todo á la multitud, es la vaguedad de los horizontes, es la indecisión en las perspectivas, es por último lo indefinido. Por eso el error teme tanto y huye todo lo que puede de la definición. Vosotros decís al pueblo: tendréis el paraíso en la tierra; y el pueblo os escucha, y el pueblo os sigue. Lo comprendo, cree en el paraíso, aguarda un paraíso, desea un paraíso. Pero atrevedos á definir una vez, una sola vez hoy, atrevedos á decir cuando vendrá ese paraíso, cual será ese paraíso, y mañana el pueblo se burlará de vosotros. Bien lo conocéis: no definís y conocéis que no haríais sino mataros con la exactitud de vuestras definiciones.

La segunda condición de lo que se llama un destino, es el ser accesible, y sino temiera emplear un término acaso poco técnico, diría: es el ser un término tangible. Señores; no concebimos el destino de otra manera. Un término que yo no puedo tocar me parece un destino, pues que entre el destino y el ser que tiene vocación de tocarlo, es preciso que haya una correlación. Pues bien, señores el paraíso en la tierra, es no solamente un término indefinido, un destino indefinido, sino un destino inaccesible, seguramente al menos para la mayor parte de los seres humanos. Sea lo que fuese el porvenir, tenemos el pasado, y véanse seis mil años que la humanidad busca ese paraíso sin encontrarle jamás. Pues bien, yo pregunto, ¿si el paraíso está en la tierra, por qué hay una humanidad que se

encuentra en la fatal imposibilidad de tocarle jamás? yo pregunto ¿si hay un paraíso para la generacion futura, por qué no le hubo para la generacion pasada y por qué no lo hay para nosotros que vivimos todavia? ¿Vosotros señores, os considerais en el paraíso? No, sin duda ninguna, ni yo tampoco, y ahí está la gran contradiccion, ¿Cómo hareis para eludirlo? acaso direis: pero si el individuo no toca ese término de la humanidad, el ser colectivo á quien llamamos humanidad lo toca, y la humanidad no muere como un hombre. Pero, señores, es cosa manifiesta que si los seres reales, los individuos que son los únicos seres reales no tocan el destino, el ser colectivo, compuesto de seres que no lo tocan, menos le tocará. Decis: la humanidad no muere como yo! Yo os pregunto ¿quién es ese ser que yo no he visto en ninguna parte; quién es esa abstraccion de que siempre me hablais y que yo no puedo coger, y á qué os ocupais tanto de formular un destino tan vago como él mismo, mientras que á mí, ser real, ser desgraciado, me dejais ahí con la realidad de mis desgracias, llamando siempre á un paraíso que no vendrá?...

Ved, señores, la primera contradiccion, la contradiccion á la idea, á la nocion que tenemos del destino. Pero hay una contradiccion mas profunda, y acaso mas palpable: la contradiccion á la tendencia misma de nuestro ser, á la aspiracion, si quereis, que tenemos de nuestro destino.

Es verdad que entre el destino y la tendencia al destino no puede existir contradiccion. La tendencia de los seres, la tendencia manifiesta, admitida por todos los filósofos como la revelacion de su destino. No me estraña. Todo ser ha recibido del Criador, ó si quereis de la naturaleza, una tendencia nativa que le impulsa siempre á sus destinos, y por una correlacion necesaria; el destino mismo tiene un poder de atraccion que atrae el ser al destino.

Señores, yo no insisto sobre una verdad que si quereis profundizarla os dará el secreto de las armonías de todos los mundos. Digo: que una vez admitida esta verdad, es incontestable que si el destino está para nosotros en la tierra, todas nuestras tendencias deben dirigirse á la tierra, y toda tendencia íntima, toda aspiracion de mi corazón ó de mi alma que pase de la tierra y del tiempo, se convierte, no diré en un misterio inescrutible, lo que nó seria un motivo de repulsion, puesto que por todas partes hay misterios; sino lo que es mucho mas serio este antagonismo entre el destino y la tendencia se hace la revelacion del error, un signo manifiesto de contradiccion. Pues bien, yo os pregunto todavia, ¿pensais vosotros mismos que estemos de tal manera limitados á la materia y al tiempo que conozcamos la impotencia de aspirar mas allá? Decidme, señores, ¿hay algo en vuestra alma que os diga que para vosotros el tiempo y la materia, por perfeccionados, por grandes que se les suponga es suficiente? Oh! no; vuestro semblante que me dibuja vuestro pensamiento, vuestras sublimes frentes que miran al cielo, me responden, y vuestros corazones y vuestras almas dilatándose en una comun ambicion, me dicen en este momento: no, no, la tierra, cien veces la tierra no nos bastaría! El tiempo, cien veces el tiempo no nos seria suficiente. Tenemos sed de lo inmortal, tenemos sed de lo impalpable, tenemos sed de lo infinito! Pues bien, señores, mi alma es como la vuestra, mi corazón late como vuestro corazón, y nosotros nos encontramos en esta comun ambicion. Pues bien, si es así, señores, que vengan los que no nos prometian sino la materia y el tiempo, que vengan á esplicar este estraño fenómeno. Pero si no hay para vosotros mas que materia y tiempo, yo os pregunto por qué vosotros y yo volamos con nuestros deseos mas allá de la materia y del tiempo, y por qué colocados en la cúspide mas alta á que pueda elevarme la

materia, como el águila en la cima de las montañas mas elevadas, tengo necesidad de elevarme mas alto. Pero hay hombres que dirán: ese es un misterio! Os engañais. Eso no es un misterio. Un misterio es la verdad oculta, y vosotros os veis cara á cara con una contradiccion palpable. Digo que esta contradiccion no puede existir. Oh! yo lijo de la doctrina, de la verdadera doctrina, cuando oigo al hombre que esclama: «Me viene estrecho el tiempo y el espacio, me ahogo en la materia,» tengo una espresion que decirle: aguarda todavia, tu tendrás lo inmaterial, tú tendrás lo infinito. ¿Pero vosotros que emparedais al hombre, cómo entre dos fronteras entre la materia y el tiempo, cuando clama que no se encuentra bien, que está estrecho, qué tenéis que decirle? No tenéis mas que una espresion; haz tu alma á la altura de la materia, haz tu alma á la medida del tiempo, y la materia y el tiempo colmarán tu medida. Mas yo lo ensayo en vano. Y despues de seis mil años las generaciones estraviadas por doctrinas semejantes á vuestras doctrinas lo han ensayado en vano. A bien que vuestra doctrina no es solamente una contradiccion á la idea del destino, á la tendencia al destino, á todas las aspiraciones de la humanidad; es sobre todo una inmensa contradiccion á la historia.

Si, señores, la historia bajo el punto de vista que nos ocupa, podria reasumirse en este reducido número de palabras: «el hombre que marcha en el tiempo buscando la eternidad: el hombre que marcha por la tierra mirando al cielo y que camina por el valle de lágrimas en el destierro llamando á su patria»: ved la humanidad en grande.

Escuchad, señores; hace próximamente cuatro mil años, un anciano venido de la tierra de Canaan se presentaba ante un gran rey, ante un Faraon. Al ver á este anciano cubierto con la doble respetabilidad de sus años y de sus virtudes: «qué edad teneis? dijo el

Rey al anciano; y el anciano le responde: —Los dias de mi peregrinacion son de ciento treinta años, dias pequeños y malos; y el número de mis dias no ha igualado á la peregrinacion de mis padres!» Mas tarde en otro pais del mundo, reconviendo cierta persona un dia á otro anciano de ser indiferente á su patria; de no amar á su patria: «Oh! dijo el anciano, yo amo á mi patria,» y con su mano trémula señalaba al cielo. Pues bien, señores, el patriarca y el filósofo, Jacob y Anaxagoras, son los dos representantes de la humanidad. Jacob es el representante de la humanidad instruida en la fuente de la tradicion. Anaxagoras es la humanidad tambien que encuentra en la naturaleza la razon humana, la revelacion de una patria mejor. Si, Jacob y Anaxagoras son todas las generaciones, son esa humanidad que llora y se desconsuela, la humanidad que espera, la humanidad que sufre y que se evapora en cada uno de sus suspiros en su doloroso camino, haciendo la infalible profecia de su eternidad infinita.

Pero ya escucho á algunos hombres que dicen: la humanidad es la que engaña; nuestra sabiduria es la que tiene razon. La humanidad es la que se engaña! Ahora os pregunto, ¿de dónde procede ese error que ha tenido el privilegio de hacerse una soberanía universal en el mundo? Ah! un error que sigue la inclinacion de la naturaleza y que se establece lisongeándola, lo comprendo. Pero un error que en vuestro pensamiento está en contradiccion manifiesta con la tendencia humana, formándose en la humanidad un reinado universal! ¿Pensais en ello? ¿Por qué, pues, conspiran los hombres de todos tiempos y de todos los siglos en su conjunto para crear un error en contradiccion manifiesta con los mas profundos instintos de toda la humanidad, conviniéndose para destituir el destino, para poner el cielo en la tierra, para atraer las miradas del paraiso real que es el verdadero destino, é ir por encima de la materia

y del tiempo á buscar un paraíso imaginario? ¿Y esta contradicción histórica no basta para derrumbar la filosofía de la historia? La humanidad es la que se engaña, decís! Enhorabuena: cuando se trata del porvenir lo comprendo; el porvenir se presta á teorías aventuradas, el porvenir no está allí para responder. Cuando se trata de lo pasado, no sucede lo mismo; los siglos están allí y se levantan ante vosotros. La historia es historia, y la historia está contra vosotros, y yo os pregunto si desde la altura de vuestros falsos sistemas de ayer tendríais la pretension de anatematizar la historia. Pero decís: nosotros no estamos solos, y en todos los siglos y en todos los pueblos, los hombres están con nosotros. Pues bien, contad los que están con vosotros, contad, pesad y juzgad vosotros mismos. Todos los que han buscado la lamentable celebridad del crimen y del error, esos están con vosotros; los que se sirvieron del patíbulo como pedestal á la celebridad de sus crímenes, no temen alabarse de caer de las manos de los verdugos en las manos de la nada. Esos están con vosotros. ¿Pero habeis contado, pesado y juzgado á los que están contra vosotros? Los que están contra vosotros mas allá del Calvario, es toda la humanidad sufridora, la humanidad virtuosa, los verdaderos sábios hasta el punto que podían serlo antes de la gran revelacion de la verdad. Los verdaderos sábios y los verdaderos virtuosos pasan delante de vosotros, y todos al pasar os señalan como Anaxagoras, os señalan el cielo. Y á este lado del Calvario, mirad cómo pasan las generaciones: mirad las vírgenes, los apóstoles, mirad los confesores y las legiones de santos. Todos pasan delante de vosotros, los unos levantan la palma de la caridad, la palma de la abnegacion, la palma del apostolado, de todas las virtudes y de todos los heroismos, y al pasar por delante de vosotros, todos os dicen una misma expresión: «el paraíso está en el cielo!» Y en medio de

ellos yo voy á hacer aparecer dominando á todos, á los que pueden muy bien nombrarse sobre todos los hombres del testimonio, los mártires. Si, señores, los mártires; yo los veo aquí sobre todos los patibulos del mundo, los veo mirando al cielo y tomando con sus manos un poco de sangre que salta de ellos; la envían á la posteridad y todos claman que el paraíso está en el cielo.

Ved por lo tanto, señores, el sistema del paraíso en la tierra. Se halla en contradicción con la idea que tenemos del destino; con la aspiracion que tenemos del destino; en fin, en contradicción con la historia.

Pero bien lo sabeis, el destino de todo grande error es el producir grandes desastres; y concluyendo voy á señalaros los principales desastres que debe producir este error al trasender á los hechos. Ese grande error que va á tratar otra vez de reducir á las naciones, provoca en los hechos solemnes mentis á las promesas que ofrece á la muchedumbre. En primer lugar, señores, promete á las generaciones un ascenso, una elevacion continua: esa es la verdadera grandeza de la humanidad; y en los hechos provoca lo que llamóse la perpetuidad del descenso, el descenso continuo. Si hay algo que se apoye en la triple certidumbre moral, histórica y metafísica, es que el hombre es impotente para dirigirse á un punto mas elevado que el que considera ser su verdadero destino. La razon, la historia, la conciencia, nos dicen que el hombre puede permanecer mas bajo y que permanece demasiado; pero ellos nos dicen con un testimonio semejante y una invariabilidad igual, que el hombre no puede elevarse mas alto. ¿Por qué, en efecto hacerse mas grande que su destino? ¿Por qué, esceder el posible de sus ambiciones? Pues bien, señores, una vez establecido como incontestable este principio, veis muy bien que esta doctrina no puede ser mas que el descenso continuo para las generaciones

que lo adopten. En efecto, si se me dice que todo mi destino está en la materia, y si acepto este destino, si yo me digo: «en ella está todo mi porvenir, toda mi grandeza, toda mi felicidad», desafío á todo filósofo y á toda filosofía á que me dé una razón para dirigirme mas alto que la materia y que el tiempo: de buena ó de mala gana, es preciso que allí me detenga: es preciso que allí rebaje segun la espresion de Bossuet, la sublimidad de mis pensamientos que me elevaban al cielo; y que reduzca á la medida del tiempo la inmensidad de mis deseos. Así que por lo tanto miradme entre estos dos límites: á mi que tengo sed de la eternidad y del infinito, vedme ocupado en formularme una existencia tan estrecha como el tiempo y tan rebajada como la materia. Esto, señores es completamente inevitable. Así desde que yo he comprendido que mi destino no es mas alto que la tierra, es preciso que me baje hasta la tierra, y de esto, señores, el abajamiento continuo como consecuencia necesaria. Entonces el vuelo de la inteligencia, la potencia del genio ya no me sirven á elevarme. Sois un sábio, sois un prodigio en la ciencia, consiento en ello; arde vuestra frente con todas las luces que derramáis; ¿pero qué importa eso para vuestra grandeza y para la mia, si ese torrente de luz no descubre alrededor de vosotros y de mi mas que esas dos tristes murallas de la materia y el tiempo entre las cuales me encerrais con vosotros? Sois un hombre de genio, si el genio pudiera concretarse á tan estrechos límites; pero consiento en ello, sois un hombre de genio, habeis cosechado palmas y recojido triunfos. ¿Pero qué importa eso á vuestra grandeza y á la mia si desviando con vosotros mis miradas de las perspectivas eternas y de las realidades invisibles, si al seguiros en ese rebajado vuelo con mi pensamiento angelico y con mi dignidad de hombre me siento cada dia caer en el animal? Ah! señores, no es escesiva

esta calificacion; si! Cuando nos hemos limitado á esto, caemos en el animal, no buscamos otro paraíso que el que él busca, nos detenemos en la parte de materia que encontramos en nuestro camino, y entre un porvenir sin prevision y un pasado sin recuerdo, procuraremos formarnos un paraíso donde todo lo tendremos, todo, señores, excepto las tres cosas que vosotros y yo pedimos con todas nuestras potencias, es decir, Dios, el cielo y la inmortalidad.

Mas ya os oigo: nosotros tenemos á Dios y á la inmortalidad; tambien tenemos así mismo el cielo! vuestro Dios yo lo conozco, vosotros que no quereis mas que el paraíso en la tierra; vuestro Dios es el Dios.—Todo que no es nada, Dios materia, Dios palpable; vuestro Dios yo lo destruyo, yo lo destruyo á cada momento bajo mis pies de viajero como el lodo del camino; yo formo de él un polvo que levanta mis pies. Vuestro cielo! es preciso que conserveis la palabra porque la verdad es indesarraigable en la humanidad; ¿vuestro cielo qué es? un cielo mil veces mas rebajado que el cielo del paganismo, un cielo que toca la tierra, que es la misma tierra donde quereis servirme á mi hecho Dios, no esa celestial ambrosia que daba á los dioses una embriaguez que los paganos sabian llamar todavia divina, sino donde yo no podré conseguir sino una embriaguez que no es ni aun digna del hombre. Ese es vuestro cielo! Poseemos la inmortalidad; vuestra inmortalidad es una mentira; vuestra inmortalidad es una inmortalidad de géneros, una inmortalidad de especies: estraña inmortalidad en que todo es inmortal excepto el mismo hombre; inmortalidad donde para mi ser real no hay mas que una cosa, no hay mas que la muerte. No! no! en ese paraíso que nos prometeis no hay Dios, no hay cielo, no hay inmortalidad. Pero vosotros hablais de engrandecerme. No comprendo. Si yo desciendo del cielo es preciso que me baje hácia la tierra: si

abandono la inmortalidad es preciso que me encierre en el tiempo: si desciendo, si caigo de Dios es preciso que caiga sobre mí mismo. Yo me espanto de ese triple descenso en que yo me siento rebajado. Así que, señores, la ascension, la elevacion está en las palabras, y el rebajamiento está en las cosas.

No es esto todo: hay algo mas triste. El inevitable efecto de esta doctrina, señores, es desenvolver las poblaciones, y sobre todo en las poblaciones desgraciadas, lo que yo llamo el horror de sufrir; y por eso mismo de suscitar un crecimiento continuo de sufrimientos, no pudiendo persuadirse el hombre que el término de la felicidad está en este mundo, sin concebir en este mundo un horror mayor al sufrimiento, y por otra parte, no pudiendo encontrar en él ese odio creciente del sufrimiento, sin suscitar por eso mismo el crecimiento del sufrimiento. Señores, yo os entrego esos pensamientos que exigirían una legitima esplanacion y me dirijo inmediatamente á los resultados.

De esto resulta, señores, una situacion verdaderamente espantosa para las generaciones desgraciadas; con este horror inmoderado al sufrimiento, un sufrimiento que se adhiere al hombre, y que al adherirse á él, parece decirle: ya no te dejaré, y que al imprimirle sufrimientos siempre nuevos, le arrebatara tambien con el mismo golpe la única felicidad que puede quedar al desgraciado, la felicidad de la esperanza. Ah! señores, conocer que se está rodeado de la realidad de su presente, y no poder volver sin embargo la vista hacia el porvenir para consolarse con una sonrisa de la esperanza... esto es cruel! Oh! yo comprendo que cuando se está abrumado por el presente y no se ha desesperado del porvenir, comprendo que pueda consolarse lanzándose hacia esas perspectivas que se cree algunas veces ver allá como la aparicion de una felicidad que acaso llegue; este es un consuelo. Pero, señores, estar ahí bajo la presion de un presente que os aniquila, bajo de

tristes realidades, y verse obligado todavía en nombre de la ciencia á renunciar el porvenir, no poder ni aun siquiera invocarle como su último consuelo, digo que esto es cruel. Si pudiérais escuchar los suspiros que hace salir del corazon del hombre este dolor, quedaríais espantados. Hay un hombre, señores, y este hombre no posee nuestra fé, que ha escuchado este gemido popular y lo ha traducido en algunas expresiones cuya elocuencia no desconoceréis. En otro tiempo, dice el pueblo, la filosofia desespera, en otro tiempo, yo tenia mi puesto en la Iglesia, y entonces esa Iglesia era tierra, no era para mí mas que el vestibulo de la Iglesia del cielo, y allá en lo alto, en ese paraíso prometido, yo tenia mi parte prometida, y ante ese cielo que yo buscaba con mis miradas, la tierra desaparecia de mi vista. Allí encontraba el valor en medio de mis sufrimientos, soportaba para merecer, y sufría para gozar de la felicidad eterna. Todo esto ya no existe, yo no tengo el paraíso del cielo, y el paraíso de la tierra no viene y veo que no vendrá nunca... Yo pregunto, señores, ¿qué puede ser en este caso la vida para el hombre que ha abierto su alma á tan fatales doctrinas? Ah! señores, en la vida ha sido desheredado de las esperanzas del porvenir, y todo hombre de inteligencia y de simpatías está condenado á ser devorado por la desesperacion y la duda, esos dos monstruos, el primero de los cuales roe el corazon, y el segundo el pensamiento del hombre. Ah! si, cuando despues de esas halagüeñas promesas en las que se habia tenido la desgracia de creer, se siente, señores, caer en la realidad de su vida, cuando se ha cerrado el cielo sobre su cabeza y se huye el paraíso de la tierra, ¿que puede, señores, suceder entonces en esa inteligencia? ¿qué puede suceder en el corazon del hombre tan espantosamente desesperado? ¿Como puedo comprender á ese Dios, á ese Dios que me entrega á la seduccion de los hombres y á la tirania de las cosas?

Ese Dios que no me retirará de las manos de la miseria, sino para dejarme resbalar en una tumba á donde descenderé con mi desgracia, con mi desesperación, sin conducir á ella ni siquiera el poder de resucitarme con una sola esperanza; como puedo yo amarlo?

No, señores, para un pueblo á quien no iluminan ya las perspectivas de la fé, para ese pueblo que cree tener contra la bondad de Dios la demostración de su desgracia y la elocuencia de sus dolores, para ese pueblo, creedlo, no hay esperanza; y como que ya no hay esperanza tampoco hay amor. Porque ¿qué puede amarse cuando nada se espera? ¿En este caso, yo os pregunto á vosotros, en este caso qué puede ser la vida? Ah! lo que ella es, podeis decirlo, esa vida encerrada en esas dos murallas de que os he hablado, la materia y el tiempo, es una negra prision en que el hombre se arrastra en sus dudas, en sus abalimientos, en sus desesperaciones, semejante á un condenado á muerte, que en la vispera de su ejecucion se espanta anticipadamente de su suplicio, y se dá de golpes con su cabeza en las paredes de su calabozo. Ved, señores el paraíso en las palabras, adónde va á parar! Ah! abrimos un abismo que va profundizándose siempre; de donde yo creo oír salir el estruendo de los gemidos y suspiros que parecen traer sobre la tierra ese infierno, que nosotros al menos colocamos en el otro mundo. Mas creedlo, el pueblo que no crea en el infierno del otro mundo, no se decidirá á aceptar el infierno de este. Le habeis prometido el paraíso, lo necesita, si es preciso constituirlo sobre ruinas, si es preciso regarlo con sangre, lo hará; trastornará el orden de la tierra y sucederá la destruccion y siempre la destruccion, es decir, un desastre que yo queria señalaros en esta doctrina que no produce otra cosa que la destruccion. Si señores, esta doctrina una vez entregada al pueblo, como se entrega un condenado á las manos de un ver-

dugo, entrega á las generaciones á las estrecheces de un espantoso silogismo. Para los hombres que habitan el paraíso en la tierra, el destino es gozar; no consiste en otra cosa, es el destino último. Y la ley suprema de todo ser es el llegar á su destino, es destruir los obstáculos que se oponen á su destino. Luego todo lo que retarde la venida del paraíso en la tierra debe ser ilegítimo, y todo obstáculo que se oponga á la realizacion de la felicidad humana en la tierra debe ser apartado, ya sea por la espoliacion ó por el asesinato. Horrible silogismo, silogismo homicida que tiene en sus premisas el goce, y que tiene el asesinato por conclusion. Horrible silogismo, pero inteligible, pero popular, y en el que no se avergonzaron los hombres de reasumir la moral, la filosofia y aun el catecismo del pueblo. Es imposible, señores, eludir este silogismo. No eludireis la mayor; si el paraíso está en la tierra hay que gozar en la tierra. Yo os desafio á que hagais comprender al pueblo su destino de otra manera que por esta expresion: el goce universal. ¿Y por qué habrá de haber excluidos en ese festin? No solamente todos son llamados, sino que todos deben ser elegidos. ¿Por qué no ha de subir el hombre en el destino tan alto como puede subir? ¿Y por qué diré yo: «ya he gozado bastante» si hay lugar todavía para el goce, y si el goce es mi destino? ¿Si el paraíso puede venir hoy, para qué esos aplazamientos llenos de desiertos?

Ya lo veis señores, esas son las exigencias de la doctrina, y nosotros no podemos rechazar ninguna. Nada podemos oponer á la invencible marcha de las cosas. Yo pregunto: ¿qué le opondriais? ¿Acaso la ley de la abstinencia?

(Se concluirá.)

TOLEDO.

IMPRESA DE SEVERIANO LOPEZ FANDO,

CALLE ANCHA NUM. 34.